

—«Rey don Alfonso, habéis de jurarme que no habéis ordenado ni aconsejado la muerte del rey don Sancho, mi Señor; y si juráis en falso, ¡morid á manos de un vasallo traidor!»—Y contestó el rey:—«Amén»—pero segunda vez perdió el color. Doce vasallos fueron testigos del juramento del rey. El Cid quiso besarle la mano; pero no se lo permitió el monarca, que le odió desde entonces toda la vida.

Díjome luego que según otra tradición, el rey no había jurado sobre los Evangelios; pero sí sobre el cerrojo de la puerta de la iglesia; que durante mucho tiempo los viajeros de todos los países del mundo, habían ido á Burgos con el deseo de admirar aquel cerrojo, al cual el pueblo atribuía no sé cuántas virtudes sobrenaturales, y que tanto se hablaba de esto en todas partes, y tantas fábulas se habían inventado, que el obispo don Fray Pascual vióse obligado á ordenar que lo arrancaran, como si temiera que se creara una rivalidad peligrosa entre la puerta y el altar mayor.

Nada más dijo el «cicerone», sobre este punto; pero podrían escribirse muchos volúmenes si se quisieran recoger todas las tradiciones que sobre el Cid corren por España de boca en boca.

Ningún guerrero legendario fué tan querido de su pueblo, como el terrible Rodrigo Díaz de Vivar; la poesía ha hecho de él un semidiós. Su gloria vive en el sentimiento nacional de los españoles, como si hubiesen transcurrido, no ocho siglos, sino ocho lustros, desde la época en que vivió. El poema heroico que lleva su nombre, y que es sin duda el primer monumento de la poesía de España, es todavía la obra más nacional de su literatura.

\*

Al obscurecer fuime á pasear por los pórticos de la Plaza Mayor, con la esperanza de ver alguna gente. Pero como llovía á raudales, y hacía un viento de todos los diablos, no encontré más

que algún grupo de chiquillos, trabajadores ó soldados. Volvíme directamente á la fonda.

Aquella misma mañana había llegado el emperador del Brasil, quien debía salir á la noche para Madrid. En la sala donde comí, acompañado de algunos españoles, con los cuales trabé conversación hasta la hora de salida, comían también todos los mayordomos, camareros, criados, palafreneros y ¡qué sé yo qué más! de su majestad imperial, sentados alrededor de una gran mesa que ocupaban por completo.

Había allí rostros blancos, morenos, amarillos, negros, cobrizos, con unos ojos y unas bocas, y unas manecitas como no es posible hallar otros iguales en toda la historia del «Pasquino» de Teja. Cada uno de ellos hablaba una lengua distinta y bastarda; cual se expresaba en inglés, cual en francés, portugués ó español; algunos hacían una mezcla horrible de éstos cuatro idiomas, añadiendo palabras, modismos, y acentos de no sé qué infernal dialecto. Y no obstante, se entendían y discurrían todos á la vez, armando tal confusión y algarabía, que no parecía sino que hablasen una sola, desconocida y horrible lengua de alguna tierra salvaje, ignorada del mundo.

Antes de dejar á Castilla la Vieja, cuna de la monarquía española, me hubiera gustado ver Soria, levantada sobre las ruinas de la antigua Numancia; Segovia, con su inmenso acueducto romano; San Ildefonso, el delicioso jardín de Felipe V; Avila, la ciudad natal de Santa Teresa. Pero antes de tomar el billete para Valladolid, dediquéme al estudio de las cuatro primeras operaciones de aritmética, y acabé diciéndome que en los cuatro puntos susodichos era muy fácil que no hubiera nada de importancia, que las guías exageran, que todo es cuestión de fama, que vale más ver poco que mucho, siempre que este poco se vea bien y se retenga íntegramente en la memoria; y otras profundas razones que respondían rigurosamente á los datos que arrojaban mis cálcu-

los, y á lo que deseaban mi sofisticada pereza y mi capciosa hipocresía.

De este modo salí de Burgos, no habiendo visto más que monumentos, cicerones y soldados, porque las castellanas, temerosas de la lluvia, no habían tenido valor para aventurar sus diminutos pies por los arroyos de sus calles. Efecto sin duda de ello, me quedó de aquella ciudad un recuerdo casi triste, á pesar de la pompa de sus colores y de la magnificencia de su Catedral.

De Burgos á Valladolid, la campiña se parece mucho á la que se contempla desde Zaragoza á Miranda. Vense también vastas y despobladas llanuras, fajas de colinas bermejas; arenales solitarios, muchos, inundados de luz ardiente, que transportan la imaginación á los desiertos de Africa, á la vida contemplativa, al cielo, al infinito, dejando en el corazón un sentimiento inexplicable de cansancio y melancolía.

Entre aquellas llanuras, en aquella soledad, en aquel silencio, se comprende la naturaleza mística del pueblo castellano, la ardiente fe de sus reyes, la sagrada inspiración de sus poetas, los éxtasis divinos de sus santos, sus grandiosos templos, sus magníficos claustros y su brillante historia.

## IV

## VALLADOLID

Valladolid «la rica», según la llama Quevedo, famosa dispensadora de resfriados, era de las ciudades situadas al norte del Tajo, la que con más afán deseaba yo visitar, por más que supiera que no encerraba grandes monumentos artísticos, ni cosa alguna notable de la época moderna.

Sentía una simpatía especial hacia su nombre, su historia y el carácter, que me había imaginado á mi manera, de sus habitantes. Parecíame que había de ser una ciudad noble, alegre y estudiosa: y no podía pensar en sus calles sin que viese pasear por ellas á Góngora, Cervantes, Leonardo de Argensola y demás poetas, historiadores y sabios que vivían allí cuando era corte espléndida de la monarquía.

Y al pensar en la corte, veía en las espaciosas plazas de mi simpática ciudad un confuso movimiento de procesiones sagradas, de corridas de toros, de fiestas militares, de máscaras, de bailes: toda la algarabía de las fiestas celebradas por el nacimiento de Felipe IV, y la llegada del almirante inglés con su cortejo de seiscientos caballeros, hasta el último banquete con sus famosos mil doscientos platos de carne, sin contar los que no se sirvieron, dando crédito á la tradición popular.

Llegué de noche; entré en la primera fonda que